

¡Negro, no difames nombrando a Dios! ¡Los negros no tenéis Dios!

Se os acusa de haber dirigido vuestra osadía a aprovecharse de una anciana blanca.

¡Vosotros los negros y demás razas, estáis para servirnos a la supremacía blanca!

¡La Ley os prohíbe levantar la vista y dirigirnos la palabra!

¡Sólo debéis obediencia y caminar inclinados!

Sin más preámbulo les introdujeron en una jaula sobre un soporte con ruedas, tirada por personas de otras razas, siendo remolcada a través de las calles del pueblo, hasta un castillo, hábitat del Gran Cacique y sus secuaces.

En el trayecto, la gente agolpada en las calles, insultaban y apedreaban, tanto a éstos como a los del carro tiraban, mientras no dejaba de sonar la música marcial, que tan familiar se iba haciendo; al él, por su condición de profesor de Historia Española, le parecía que correspondía a otra época pasada y no a los años noventa.

Una vez introducido en el castillo son llevados hasta las sombrías mazmorras de los sótanos, las cuales estaban ocupadas por otras personas, en condiciones infrahumanas.

Una vez encerrados en ellas, Oubián junto con su familia, se dirige a un grupo de éstos y les pregunta qué está ocurriendo, porque todo aquello para él es inverosímil; ante estas cuestiones, un hombre de raza asiática y cuyos rasgos físicos mostraban el dolor y el abandono, al cual estaban sometidos, pronto le saca de dudas con respecto a sus interrogantes:

Mi nombre es Sihang-Tao, como podrás comprobar en este lugar estamos personas de diversas razas, ¡eso sí, con un denominador común, somos cristianos!

Nos dirigimos en peregrinación, con motivo del Año Santo Jacobeo, a visitar al Apóstol Santiago, en Compostela, en un autocar, cuando por motivos, que todavía desconozco, fuimos desviados hasta este lugar, no sabiendo ni dónde se encuentra, al haber sucedido durante la noche mientras dormíamos.

¿Y qué nos va a ocurrir? —pregunta Oubián—.

Eso no lo sé. A eso no te puedo contestar —afirma con triste expresión Sihang-Tao—.

Esta gente es imprevisible.

A la mañana siguiente de llegar hasta este insólito lugar, celebraron un juicio, que presidía el Gran Cacique junto con la cúpula mayor de su partido, nombrándonos como defensor a un sordomudo, y en el cual se nos acusaba de la inferioridad de nuestras razas frente a la superioridad de ellos y no dándonos nunca opción a poder defender las teorías y la práctica de la igualdad y la convivencia social, en paz y armonía de todos los seres humanos, al igual que la libertad de los pueblos a elegir libremente a sus representantes e identificarse con sus creencias, sin oprimir por ello a los demás.

Y, desde ese momento, fuimos condenados por estos grupos intransigentes y racistas, a trabajar en sus tierras y a pernoctar en estas mugres mazmorras, subsistiendo a pan y agua. Entiendo que esta es una forma de esclavizar la mano de obra de otros países.

Y aún peor y más me duele es ver cómo nos exhiben los días de fiesta en la plaza pública, haciendo creer a los niños, que somos una especie de animales, de los que hay que protegerse y que sólo podemos ser utilizados en el trabajo.

Te digo que es lo que más me duele, porque los niños deberían ser la esperanza para un mañana mejor; lo cual no sé cómo se conseguirá debido a la intransigencia y a las ideas fascias de éstos que son sus mayores y los animan a divertirse, mediante la degradación de otro ser humano.

Oubián no podía dar crédito a aquellas palabras, que tan horribles le sonaban; aunque, por otro lado, se percataba de la cruel realidad por la que hasta entonces y en tan breve tiempo había sufrido junto a su familia.

El chiriar de las puertas de las mazmorras hizo girar su vista donde vislumbró la pequeña figura física de un hombre, que después comprobaría lo grande que se puede ser, tanto humanística como solidariamente.

¡Buenos días! ¿Por favor, la familia de color? —se vio obligado a preguntar debido a la oscuridad del lugar—.

¡Señor, estamos aquí! —contestó Oubián—.

Les saludó estrechándoles la mano y sentándose en el suelo junto a ellos les explicó el por qué de su visita y comenzó a relatarles el hecho que lo había llevado hasta ellos:

Las normas de este lugar son, que a través de un sorteo, se elija defensor entre los del pueblo, para los acusados.

En esta ocasión me ha tocado a mí ser el de ustedes y de hecho me alegro y lo deseaba por razones de respeto a los demás. Quisiera que comprendiesen que estoy aquí para defenderles en el juicio; aunque en el transcurso del mismo ustedes no lo aprecien y pudieran pensar todo lo contrario, pero todo será por motivos que entenderán perfectamente. Si hicieran una defensa a ultranza serían condenados a muerte y yo perseguido hasta la misma, por traición a las normas de la Junta que rige este lugar; por lo tanto, tengo que limitarme a lo que ellos quieren que represente y tratar de convalidar la pena de muerte de ustedes, por la de trabajos en las granjas de estos indeseables de la Junta. Y entiendan que no todo el pueblo es partidario de esta barbarie, pero tampoco conocen otra forma de gobierno, al ser un pueblo anclado en el pasado y sin forma legal ni de ningún otro tipo para salir de él, de este modo se ha ido perpetuando esta condición en estilo feudal y de esclavismo, amparado geográficamente entre las montañas, que hacen difícil su acceso y comunicación con el resto del país. Yo, gracias a viajes que he realizado con el Gran Cacique, Farga, en calidad de escolta (ya que sólo él y su escolta tienen derecho a abandonar el lugar), he podido conocer la realidad y las diferentes formas de gobierno que existen en otros lugares.

La que más me ha impresionado y que ustedes conocen, seguramente, mejor que yo, es el Estado Democrático, basado en el Estado de Derecho y en la participación ciudadana, a través del voto.

Oubián más relajado ante la personalidad de este hombre y la humanidad que desprende sus palabras, opta por formularle algunas preguntas.

Por favor, creo recordar que no he oído su nombre. Si no le importa podía decírmelo.